

CAPITULO XV.

Misiones del Nayarit y California.

NO hemos conseguido datos suficientes respecto de las segundas Misiones del Nayarit.

Ya vimos en otro capítulo cuales fueron los primeros esfuerzos para la conversion de esa vasta comarca; esfuerzos heróicos practicados por el V. P. Fr. Antonio Margil y su digno compañero Fr. Luis Delgado. Esa heroicidad aunque no produjo el efecto que era de esperarse, es digna de eterna memoria.

A pesar de la barrera inexpugnable que entonces se presentó á aquellos asombrosos misioneros, y les impidió la entrada al centro del Nayarit; el Colegio de Guadalupe no perdió de vista la empresa, y esperó con ansia llegara el dia de tomarla á pecho.

¿Pero en qué tiempo volvieron á emprenderse esas misiones? Carecemos de datos, solo sabemos en globo que el Colegio acometió de nuevo la empresa apostólica, y que á costa de afanes inauditos y sacrificios heróicos se fundaron Misiones en el Nayarit, que dieron por re-

sultado la conversion de veinte mil nayaritas, cuya índole era salvaje é indomable.

El Nayarit formaba parte, ó estaba confundido en la Diócesis de Guadalajara. Sabemos que el Illmo. Sr. Dr. D. Diego Aranda pidió con instancia, al colegio de Guadalupe, le facilitase misioneros para el Nayarit. parece que algunos religiosos franciscanos de la Santa Provincia de Jalisco, habian tambien trabajado asiduamente entre aquellas tribus.

Hace cosa de treinta años que estubieron desempeñando esas Misiones algunos religiosos que conocí perfectamente. Fué el primero el V. P. Fr. Rafael de Jesus Soria, varon verdaderamente apostólico, lleno de un celo digno de un discípulo del V. P. Margil. Este varon justo que reunia á su virtud un talento profundo, una vasta instruccion y una suma amabilidad en su trato, misionó entre fieles algun tiempo, asombrando con su elocuencia y con la uncion de sus palabras; y luego pronto á la voz de la obediencia, partió á los desiertos del Nayarit á predicar la fé, á convertir y civilizar á aquellos indigenas.

Fué tambien misionero del Nayarit el M. R. P. Comisario de misiones Fr. Miguel Guzman. Este varon apostólico era sumamente edificante por su actividad, por su virtud y saber. Se dijo que en un dia 12 de Diciembre predicó tan fervo-

rosa y persuasivamente á los Indios, sobre la aparicion de la Santísima Virgen de Guadalupe; que conmovidos los nayaritas se separaron de la presencia del santo misionero y fueron á incendiar un templo de zacate que tenian erigido á uno de sus ídolos, cuyo incendio lo hicieron á honra de la Santísima Virgen, segun se los habia indicado el R. P. F. Miguel Guzman. Se dijo que algunos indios, idólatras obstinados se irritaron por el incendio del templo, y quisieron dar muerte al celoso misionero; pero este pudo evadirse y evitar la muerte. Era tan santo el R. P. Guzman, que si la prudencia no le hubiera aconsejado huir, hubiera sin duda abrazado el martirio con sumo gusto.

El M. R. P. Fr. Guadalupe Vazquez, fué otro de los mismos del Nayarit, á quien tuve el gusto de conocer y tratar. Era sumamente humilde, paciente y afable. Misionó entre fieles, y luego pasó á predicar á los nayaritas. Tuvo la buena suerte de simpatizarles mucho á los indios, y esto le proporcionó trabajar con provecho admirable, en la conversion de ellos.

El M. R. P. Vázquez permaneció muchos años en el Nayarit, habitando una pobre choza, sufriendo mil privaciones y trabajos, solo por no abandonar aquella parte de la viña del Se-

ñor que continuamente regaba con sus sudores. Allí en aquellos desiertos esperó tranquilo la muerte, y allí sucumbió al fin. Un amigo mio, eclesiástico secular, me aseguró que la muerte del R. P. Vázquez, provino de que un indio, sentido por una reprension muy justa que le hizo el santo misionero, le envenenó la comida con una yerba maligna. Otra persona me dijo que el R. P. habia muerto de una picadura de un reptil venenoso. Sea lo que fuere, lo cierto es que el R. P. Vázquez fué un asombro de abnegacion, de celo por la salvacion de las almas, y un verdadero apóstol y martir.

El R. P. Fr. Juan Nepomuceno Pacheco, fué otro religioso conocido mio, que misionó en el Nayarit. Fué tan fervoroso y tan apostólico como los anteriores.

En el mes de Junio del presente año de 1874 en que se sepultó el M. R. P. Fr. José María Munguía, que murió en Zacatecas, y cuyo cadáver fué llevado á la bóveda de Guadalupe, se exhumaron los restos del P. Pacheco para inhumar los del P. Munguía, y fué hallado, segun se me aseguró, incorrupto el cadáver del primero. Los últimos misioneros del Nayarit fueron los RR. PP. Fr. Felipe de Jesus Muños y Fr. Antonio de Jesus Loera, que fueron nombrados por el M. R.

P. Comisario Prefecto de Misiones Fr. Miguel Guzman, en 1865.

Estos dos varones apostólicos trabajaron asidua y constantemente con sus respectivas Misiones, viviendo entre aquellos indígenas, llenos de privaciones y sacrificios, hasta que la revolucion iniciada en Ayutla vino á trastornarlo todo, y los dos misioneros tuvieron que huir para evitar ultrajes de los guerrilleros que merodeaban hasta en el seno del Nayarit.

Durante la intervencion francesa, los RR. PP. volvieron á sus Misiones respectivas, permaneciendo en ellas desde 1864 hasta 1868 en que la escazés absoluta de recursos les hizo separarse del Nayarit, llenos de miserias y enfermedades.

El R. P. Muñoz fué á curarse á Jerez, y en esa ciudad murió en suma pobreza, tirado en un petate y cubierto con un tosco saco de jerga.

El R. P. Loera permanece aún en Bolaños, á donde tuvo que retirarse por las causas expuestas.

¡Ved como aún hay mártires!

Ved como el espíritu primitivo del Colegio de Guadalupe no llegó á extinguirse.

Las revoluciones, la política, verdadera plaga de México, interrumpió la obra grandiosa de la total conversión y civilización de esa frontera. ¿Pero qué no ha interrumpido y trastornado la

política descabellada en nuestro desgraciado país?

Quiera el cielo que los mexicanos extraviados vuelvan sobre sus pasos y reparen los inmensos males que han causado las pasiones y las ideas extraviadas.

Quiera el cielo que ya no se piense en sistemas y multiplicaciones de leyes que no se ocupen de artes, de agricultura, de comercio, de ciencias y de moral.

Quiera el cielo que se piense en lo sólido, en lo positivo, en lo verdaderamente necesario y útil.

Quiera el cielo que en un dia México tenga la gloria de proteger á los verdaderamente civilizadores de las naciones. A la Iglesia y á los misioneros, para que se trabaje en la conversión de nuestros hermanos del desierto, se les lleve la luz del Evangelio, que siempre va acompañada de la verdadera civilización, prosperidad y felicidad verdadera de los pueblos. Mas continuemos la historia.

Son muy dignos de referirse unos pasages extraordinarios acaecidos en el Nayarit, en el tiempo de las últimas Misiones que allí tuvo el Colegio de Guadalupe.

Esos pasages los habríamos relegado al olvido, sin darles ningun crédito; sino los hubiéramos sabido por boca de uno de los mismos respetables

misioneros del Nayarit; el cual fué nada ménos que el apreciable y muy respetable P. Fr. Guadalupe Vázquez.

En una de las Misiones habían construido los misioneros una humilde casa de adove, sin blanquimiento en sus paredes, ni interior ni exteriormente. En esta casa observaban con frecuencia continuos y misteriosos ruidos, que no sabían á qué atribuir.

Hubo vez, que siendo por la noche, y estando reunidos los misioneros en su humilde sala, sentados en un muy pobre canapé, y estando una vela encendida y colocada sobre una pequeña mesa; oían pasos como de una persona que se paseaba á lo largo de la sala. No obstante que había luz, nada veían.

Otras veces sentían que la tal persona estaba sobre la mesa, y hacía con los piés un ruido violento como de quien baila.

El mismo R. P. Vázquez, nos refirió que una noche estando en una pieza él y el R. P. Pacheco cada uno se acostó en su respectiva cama, apagaron la vela y siguió el silencio; pero luego el R. P. Pacheco sintió que le hacían oscilar su cama; oscilaciones que se verificaban en la dirección de la longitud del lecho, de suerte que el R. P. Pacheco daba con la cabeza en la pared. No se alarmó, creyendo que el R. P. Vázquez, por travesu-

ra de hermanos, hacía oscilar la cama. El movimiento continuaba y aumentaba; de suerte que ya sentía dolor de cabeza el R. P. Pacheco, y entonces levantando la voz, dijo. Vázquez, sosiégate. El R. P. Vázquez preguntó desde su cama: ¿qué te sucede, Pacheco?

—¿Qué? que has venido á mover mi cama y me has dado fuertes golpes en la cabeza contra la pared.

—Yo—respondió el P. Vázquez—no me he movido de mi cama.

Mientras esto hablaban los dos religiosos, cayó sobre la cabeza del R. P. Vázquez un petate ó estera. que había el mismo padre puesto en la cabecera de su cama, por razón de estar la pared sin blanquimiento, y temía el aire que podía infiltrarse, ó las arañas que podía haber en las hendiduras que formaban los adoves. La estera estaba fija en la pared con fuertes clavos, y no era naturalmente posible la caída de ella.

El R. P. Vázquez se sorprendió mucho por el segundo caso, y encendiendo la vela prontamente trataron ambos religiosos de saber la causa de los acontecimientos, esto es, de las oscilaciones de la cama y de la caída de la estera.

¡Nada había. Las puertas estaban bien cerradas, nadie habría podido entrar! Todo fué sobrenatural.

En otra vez estando solo en la casa el R. P. Vázquez, siendo ya por la noche, oyó que una gruesa cadena con que se aseguraba la puerta del pequeño zahuan, se movía y crugía misteriosamente. El R. Padre se levantó provisto de luz, fué al zahuan y, nada se movía, ni halló causa natural para el crugir de la cadena que servía de cerrojo.

Había en la misma Misión un carpintero que acompañaba á los misioneros, y que acaso lo habían hecho ir allá para que les construyera algunos muebles para su pobre casa ó para la capilla de la Misión. Este artesano dormía en un pequeño cuarto contiguo á la habitacion de los religiosos. En una noche estando acostado en medio del cuarto en una cama compuesta de zaleas, y estando en completa oscuridad, oyó unos pasos dentro del cuarto, y un ruido como de hábito que vestía la persona que andaba adentro. El carpintero creyó que alguno de los misioneros iba á despertarlo para alguna cosa que se les hubiere ofrecido. Se sentó en su pobre cama y esperaba oír la voz del religioso. El personaje llegó á los piés de la cama, sacó un cerillo, lo encendió, alumbró con él al artesano y se quedó fijando en él una mirada penetrante. El artesano vió á aquella persona: era de buena estatura y vestía un sayal. No era ninguno de los misioneros.

Ninguno de los dos hablaba; esto es, ni el carpintero, ni el aparecido. Este retrocedió andando hacia atrás, y al llegar á la pared, desapareció sustituido por una luz misteriosa que brilló un momento y se extinguió luego.

Entonces el carpintero se llenó de terror, se levantó y fué á dar aviso á los misioneros, de la misteriosa aparicion.

Estos y otros casos semejantes se dieron en las últimas Misiones del Nayarit, que desempeñaron por muchos años los misioneros de Guadalupe.

¿Qué sería de todo eso?

Acaso el demonio era autor de todo, y no es remoto que se aparezca en forma humana llevando un hábito religioso.

Bien puede haber sido esto por permission divina, para probar la paciencia, el valor y la constancia de los misioneros en su santa empresa de convertir á los idólatras nayaritas.

Además, si el demonio era autor de todos esos ruidos y del aparecimiento referido, pudo haber tenido empeño en llenar de terror á los predicadores del Evangelio, para hacerlos prescindir de sus tareas apostólicas.

Tambien puede haber sido todo causado por alguna ó algunas almas del purgatorio, que pedían sufragios con esas demostraciones, mediante el permiso divino.

Los aparecimientos del demonio y de las al-